



1.- Los discípulos con las puertas cerradas. ¿Qué puertas cerramos en nuestra vida de discípulos?, ¿cuáles son nuestros miedos?, ¿cuáles nuestros motivos de tristeza?

2.- Los discípulos envidados. ¿Eres consciente de que el Espíritu Santo es un regalo del Resucitado?, ¿pidas al Señor que te conceda la alegría del Espíritu?, ¿te sientes enviado por el Resucitado a continuar la misión que el Padre le había encomendado?

3.- Los discípulos creyentes. Tomás necesitó los signos de pies y manos; así, ¿qué signos necesitas tú para creer en Jesús?, ¿eres consciente de que sólo se puede creer en Jesús en medio de una comunidad que comparte su fe?, ¿en qué ocasiones profesas, como Tomás, "Señor mío y Dios mío?"

¡Señor mío y Dios mío!

**Al igual que con Tomás, ten paciencia conmigo,
ten paciencia de mi pobreza y de mi pequeñez,
de mis incredulidades cotidianas,**

**de esa fe que se tambalea tantas veces
cuando no salen las cosas como las tengo previstas.**

¡Me confío, Señor, a tu santa misericordia!

Ayúdame, Señor mío y Dios mío, a creer siempre en Ti

Hazme una persona nueva

capaz de vivir acorde con el Evangelio

y capaz de anunciar la buena nueva al mundo de hoy.

María, modelo de los creyentes, ayúdame

a cumplir en mi vida los planes de Dios

y ser verdadera luz de tu misericordia en el mundo!



Nuestra Comunidad

D.L. 394-1991 AÑO 44 N° 2233 - 2º DOMINGO DE PASCUA
7 - Abril - 2024

Lectura de los Hechos de los apóstoles 4, 32-35

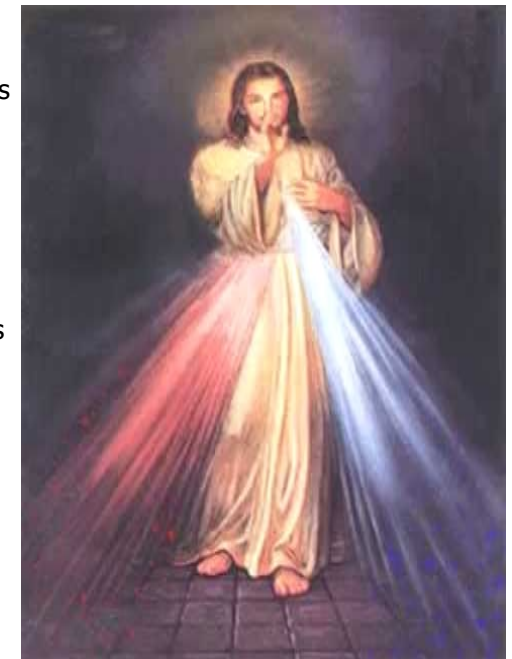
En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y Dios los miraba a todos con mucho agrado. Ninguno pasaba necesidad, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. R.

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. Me castigó, me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte. R.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. R





Lectura de la 1ª Carta del apóstol San Juan 5,1-6

Queridos hermanos: Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a Dios que da el ser ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. Pues en esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados, pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Éste es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. No sólo con agua, sino con agua y con sangre; y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.

Evangelio según San Juan 20,19-31

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros." Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado así también os envío yo." Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos." Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: "Hemos visto al Señor." Pero él les contestó: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo." A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: "Paz a vosotros." Luego dijo a Tomás: "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente." Contestó Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!" Jesús le dijo: "¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto." Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Dan de la Palabra



En Este pasaje evangélico encontramos dos escenas. La primera sucede el mismo día de la Pascua y narra la aparición de Jesús resucitado a un grupo de discípulos; de este modo el Señor cumple su promesa de volver junto a ellos y, con el don del Espíritu, los envía a continuar la misión que él mismo había recibido del Padre.

La segunda escena, que tiene lugar al domingo siguiente, narra la aparición a Tomás; este discípulo no estaba presente en la primera aparición y tampoco había acogido el testimonio de sus compañeros; él exige pruebas palpables ("si no meto mis dedos...") y lo que necesita, sin embargo, es el encuentro con el Resucitado en medio de la comunidad reunida. Allí profesa su fe y se postra en adoración. "Señor mío y Dios mío".

Al final de este pasaje, que constituye el final original del cuarto evangelio, su autor nos explica la finalidad de su escrito: "para que creáis". No ha pretendido escribir una biografía detallada de Jesús; su intención es fortalecer la fe de sus lectores mostrando el sentido profundo de los "signos" por él realizados.

Ojalá que también nosotros, al leer estas cosas, nos sintamos confirmados en lo que creemos y podamos experimentar en nuestras vidas la presencia viva y dinámica del Resucitado.

